



# Ilustración

DR. EDGARDO BADEL

(Artista plástico argentino contemporáneo. Psiquiatra de Colonia Cabred; nació en Luján, provincia de Buenos Aires)

En 1897, Domingo Cabred propone un Instituto de Alienados de puertas abiertas, constituyéndose esta modalidad en un procedimiento único en el mundo para la curación de pacientes con trastornos mentales. Esto posibilitó la interrelación de los internados con los habitantes del pueblo con la perspectiva de incorporarse a una vida activa sin muros carcelarios. En palabras del artista Edgardo Badel “...que no sea este lugar vivido como el cementerio de la razón, sino para la protección del espíritu”. Las obras aquí presentadas son pruebas de una nueva posición sobre la psicopatología en el arte.

## PSICOSIS Y ARTE

No hay una meta final en el arte. De su esencia, inherente a la explicación existencial, emergen los sucesos más allá de la conciencia. Arrancan desde lo onírico y lo subyacente a la razón y a la vigilia. Desde la pasión vulnera toda reflexión ocupada en armonizar con un mundo externo, ajeno a las motivaciones del espíritu. Del cultivo del yo. Entonces suceden en el ser contradicciones sujetas al ánimo de comprender que la materia, a través de la conciencia, tiene percepción de la vida en un tiempo dado y finito. La interpretación de la obra artística subyace en una magnitud que ocupa más allá de su contorno y de su visión, para ahondar en la interpretación psicológica -íntima- de la estadía terrenal, a través del estado de ánimo. El arte es un proceso inacabado. Oscila entre la aceptación y el rechazo, pero es inagotable. Siempre es un paso previo. El mejor estigma de la vida humana. Su impronta más acabada y sincera, alejada de la frialdad de los prejuicios y los códigos sociales.

Lo mágico del arte proviene del estado de depresión que le dio origen al convertirse en obra. Esta tristeza conduce al arte, a la locura o al suicidio. La locura que conduce a la creación acelera su proceso. La racionalidad destruye a la creatividad con sus miedos, juicios, culpas, reglamentos, códigos y fundamentalmente con las hipocresías que pueblan los actos sociales. La emoción es el origen creador, la vibración del ser hacia su angustia y su aprensión. En la congoja el artista halla



Obra realizada por paciente psicótico

su savia, con el recelo encontrará el juicio y el miedo, las murallas que erige el verdugo de los hombres eternos.

Hay armonía y estética, unidad en el arte que se define en lo bello y en el cual no parece alcanzar desde lo racional al artista-alienado, excluyéndolo del proceso artístico. Los grises de la propia lógica humana impiden la certeza y el límite de este concepto, porque aquí estamos incorporando el prejuicio sobre la creación y no valorizando a la emoción, fuente fidedigna de todo arte. El subjetivismo onírico del artista en su profundidad es el talento que se expone a los demás pero no a sus propios juicios. El arte se halla divorciado de las facultades que la sociedad considera como normal o patológico. No existe un arte normal y otro patológico. La obra, como necesidad del espíritu desarrollada en cualquier tipo de personalidad, atesora el germen de la emoción. El juicio sobre la personalidad del creador engaña, corrompe, divorcia y discrimina. El sufrimiento conduce al arte y a la locura. Ambas vertientes coexisten siempre en alguna medida. Existe un desmerecimiento hacia las obras de los artistas con comportamientos

alterados. Una aprensión que termina descalificando a la obra por su autor, dentro de cánones establecidos por la sociedad, exenta de aceptar el libre albedrío.

El arte emerge como un conflicto del artista desde su sentimiento, al desbarrancarse la coherencia con la realidad. Este salto, si se cuantifica, ¿diferencia al artista normal del patológico? ¿Las características personales pueden adscribirse a uno de ellos para validar a uno y precarizar al otro? Pichón Rivière se refería a la inmovilidad que hallaba en la obra del alienado. La personalidad puede ser patológica, no la obra. Podemos referirnos a Nerval, Hölderlin, Artaud, Van Gogh, Rimbaud, Fijman, Lautréamont. Debemos encontrar aquí el desarrollo indudable de un prejuicio social basado en la dominancia de clases. Incluso la obra “antes de la enfermedad psíquica” ¿es enteramente antes? ¿Esto la salva del juicio de cuándo comienza la enfermedad?

Quizá la unidad (armonía, coherencia) sea un límite difícil de precisar en el arte plástico y más rígido en la literatura o en la música, las que quedaron esclavas de preformas estéticas más allá del impulso que el surrealismo le imprimió al desafío de vulnerarlas. La literatura y la plástica expresan fundamentalmente el sufrimiento. La música puede crear con la alegría al igual que la danza y el canto. Desde los vanguardismos las artes plásticas se independizaron del juicio de la conciencia y de los códigos técnicos. La diferencia entre el arte aceptado y el marginado por alienación la hallamos muchas veces en el meridiano que las clases dominantes imprimen a la consideración de un artista. Entre lo normal y lo patológico de las conductas humanas hay infinitos grises que se retroalimentan, volviéndose en demasiadas oportunidades difícil de definir las personalidades salvo en los desórdenes extremos. La “unidad” en la imagen pictórica, a la que se refería Pichón Rivière, no parece ser el límite entre el arte normal y patológico, sobre todo en el análisis de la imagen pictórica. Poetas y plásticos llamados “malditos” han trascendido sus obras más allá de sus personalidades divergentes de lo social. Los románticos exhiben una obra que se asienta sobre la zozobra del estado emocional. Picasso podía descomponer la imagen sin sobrellevar ese riesgo de ser catalogado de alienado por las clases sociales influyentes al ser aceptado su genio creador.

El sufrimiento descompone una vida y también una obra. En la representación de la unidad que resuelve desde la descomposición se advierte si el artista ha superado esa locura de la creación aceptando incluso los miedos que podrían traer los juicios adversos a su obra, o si por el contrario lo ha liberado de todo compromiso con el entorno, del cual nada espera. Es cierto que en este caso la creatividad del artista se ha sobrepuesto a los juicios, culpas, pecados y críticas posibles de ser endilgados. Liberado de esta relación estallarará con el nivel onírico y subconsciente más rebelde rompiendo con el miedo que establece alejarse de lo aceptado por la sociedad. Van Gogh fue el claro exponente de no aceptar las consecuencias de su impresionismo. De distanciarse de lo normal. Esta emoción no la somete



Obra realizada por paciente psíquico

a la consideración del mundo poco dispuesto a romper con sus reglas. Esta es la sutil diferencia entre el arte normal y el alienado, basada no en la obra, sino en la conducta del autor. Confusión de obra con personalidad. Arte y Locura confluyen. La obra de arte devuelve al artista a sus orígenes más primitivos, en la expresión de transmitir sus genes primeros en la concepción de un nuevo ser: el hombre. El artista “alienado” es el que más ejerce la ruptura con el entorno. Su mecanismo de inhibición se ha desmoronado desde la pérdida que lo lleva a la obra. La determinación de un “valor” en la obra de arte responde a intereses de clases dominantes, a la usura que impone el capitalismo. El arte en una personalidad alienada obviamente va a sufrir un menoscabo de su “valor plástico”. La unidad de la obra como límite de arte normal y patológico adolece de consistencia. Es una frontera artificial. No obedece a ningún concepto absoluto.

Cada obra es un conflicto entre el artista y su medio. Entre lo externo continuo y mecánico que estableció la conducta social y su sufrimiento temporal. La tristeza es el puente entre el alma y sus expresiones. Quizá en el arte “patológico” el artista a través de su obra no evolucione. Detenga la obra en el exacto punto de su emoción que lo alejó del entorno. No cambia, no desarrolla. Se retroalimenta de su sufrimiento. Se transforma en un producto que modela siempre la misma emoción que lo vulnera no pudiéndose alejarse de ella. El artista intenta sobreponerse a la mente que lo castiga o alejar a la obra de ella. Con ésta combate a la depresión. El artista intenta la inmortalidad a través de su creación cuando la angustia existencial le acerca la inevitabilidad de su cuerpo en el tiempo y la muerte simultánea de su “yo”.

Vincent van Gogh en el arte fue el desobediente sublime. A través de su sacrificio en pos de la emoción hizo del arte un nuevo punto de partida. La libertad de su subconsciente fue una respuesta en contra de los dogmas que establece el uso de la razón.